

centro existe en todos los mamíferos, incluida la especie humana, como ha sido demostrado por cirujanos durante operaciones cerebrales. ¿Cuál es la significación de dicho centro y el papel que desempeña? Es algo que hoy ignoramos, pero parece evidente que ni la psicología ni el psicoanálisis pueden prescindir de estos datos.

T.—¿Cree usted que la inteligencia o la agresividad son de origen genético, como afirman hoy ciertos biólogos?

F. J.—Se trata de algo muy complejo, y es difícil de dar una respuesta precisa. Distinguir la parte que corresponde a la herencia y la que corresponde al medio es extraordinariamente complicado, ya que ambos elementos están integrados y actúan sin cesar uno sobre el otro durante el desarrollo del niño. Lo que hacen los genetistas cuando analizan la herencia es intentar establecer una correspondencia entre los dos niveles: por un lado, lo que se ve, los caracteres, lo que llamamos el fenotipo; por otro lado, lo que está oculto, los genes en los cromosomas, lo que denominamos el genotipo. El fenotipo es, por ejemplo, tener el pelo negro. El genotipo, pongamos por ejemplo, tener un gene llamado dominante que corresponde al pelo negro, visible, y otro llamado recesivo que corresponde al pelo rubio, pero que en presencia del primero no puede manifestarse. En otras palabras, de lo que aparece en generaciones sucesivas, se deduce lo que existe oculto en los cromosomas de un individuo. Los genetistas saben hacer perfectamente este tipo de análisis para caracteres simples que se hallan bajo la dependencia de un reducido número de genes, como el color del pelo o de los ojos, o el origen de ciertas enfermedades hereditarias. Sin embargo, cuando se trata de caracteres muy complejos, como son, por ejemplo, la capacidad de hablar, la inteligencia, la resistencia o la agresividad, caracteres que son los que nos interesan más, pero que están determinados por la interacción de numerosos genes, entonces los genetistas se encuentran totalmente sin recursos. Con sus métodos actuales no pueden hacer este tipo de análisis.

•Por todas estas razones, creo que no es posible extrapolar ciertos resultados de los animales al hombre, como hace por ejemplo Lorenz con la agresividad. Ni decidir que los negros son menos inteligentes que los blancos, como pretende Jensen. Como usted sabe, Jensen ha comparado el «coeficiente intelectual» (C. I.) de los blancos y de los negros americanos pertenecientes a niveles socio-económicos equivalentes. Ha constatado que por término medio había una diferencia: el coeficiente intelectual medio de los negros era inferior en algunos puntos al de los blancos. De ahí dedujo que por razones biológicas, genéticas, los blancos son más inteligentes que los negros. Esta conclusión es más que

discutible y ello por numerosas razones. En primer lugar, porque los «tests» de inteligencia desempeñan una función muy particular en nuestras sociedades. Sirven, por ejemplo, para reclutar ciertas categorías: encargados en una empresa, suboficiales, etcétera. Es decir, que el valor de estos «tests» para decidir sobre la inteligencia de poblaciones distintas es muy discutible. Por otra parte, distinguir lo genético de lo que no lo es es particularmente difícil en el hombre. Nadie, por ejemplo, sabe aún la influencia que puede tener sobre el recién nacido la forma como su madre le lleva, le habla, le canta, le adormece, etcétera. En suma, el individuo es el resultado de un juego incesante entre la herencia y el medio. Pero no existe ninguna duda de que todos los individuos son genéticamente distintos y que las aptitudes intelectuales, del mismo modo que las genéticas, tienen un componente genético. Pero se trata siempre de individuos, no de razas ni de clases sociales. En toda muestra de una población, ya se trate de generales, de barrenderos o de profesores de Universidad, la proporción de imbéciles es una constante.

T.—Si nos situamos a un nivel más concreto dentro de la relación entre las condiciones económicas, históricas, etcétera, y las opciones de la investigación, observamos, cada vez más a menudo, que existen numerosos científicos que se niegan a efectuar ciertas investigaciones impuestas desde el exterior y de dudosas aplicaciones sociales. ¿Qué piensa usted de este fenómeno?

F. J.—Es cierto. Sobre todo en lo que concierne a las investigaciones que pueden tener aplicaciones en el terreno militar. Pero incluso en Medicina se plantean problemas. En los recientes avances de la Medicina o de la Cirugía, muchos de los descubrimientos, como los trasplantes de órganos, el pulmón de acero o el riñón artificial, que representan logros técnicos considerables, no pueden, evidentemente, aplicarse más que a un pequeño número de casos, elegidos casi con certeza entre las clases pudientes. Y entre tanto se dejan de lado problemas mucho más prosaicos, pero más importantes, ya que afectan a todos, como la prevención de ciertas enfermedades, la higiene, etcétera. Queda claro entonces que la opción de los temas de estudio está dirigida por determinada ideología y fomentada por una publicidad determinada. De todos modos, no hay que olvidar que nunca nada es totalmente bueno o malo, blanco o negro. Entre los descubrimientos de los últimos años, hay uno que está considerado como el mal: la bomba atómica; otro, como el bien: la penicilina. Creo que todos estaremos de acuerdo con estos dos ejemplos. Y, sin embargo, la penicilina y los antibióticos han contribuido indiscutiblemente a la explosión demográfica. ■ J. S. J.

